

que estaba haciendo. Pero afuera, en la calle, la gente empezaba a trajinar. Me asomé al balcón discretamente y hallé que abajo, justo donde debería estar un semáforo, se encontraba un hombre cargando dos cartones de consomé. Oiga, le dije, a ver si ya me deja dormir en paz. El sujeto, de muy mal talante, me retó con una seña. Inmediatamente traté de orinarlo, pero fue inútil: el hombre se había parapetado debajo de una cornisa y desde ahí me lanzaba, sin gran puntería, tomates colorados. Yo de plano cerré de par en fondo y me adentré en la cama. Entonces tomé el libro y esperé al lechero.

La aparición de *Sastrerías* de Samuel Walter Medina hace necesaria una reubicación ante el concepto y la práctica de la prosa en la actualidad. Como se sabe, la escritura de Samuel se desarrolla fuera del campo propio de las vanguardias antiguas y modernas (que trabajando sobre la estructura de sus lenguajes buscan una especificidad del contenido artístico), labor que la convierte en un artefacto propedéutico autónomo. La crítica de Walter al lenguaje es una crítica fundamentalmente asocial: si las vanguardias critican al lenguaje desde sí propias —lo cual termina por elaborar los términos de una “nouveaux retors”— la suya, directamente, choca con las instituciones al acusarlas por la falsedad que imprimen en el uso. Su crítica es muy concreta: no se trata de denunciar el utilitarismo en favor de otra funcionalidad pública dentro de la muerte social, tampoco de elaborar un lenguaje (“patético” e infracretáceo) capaz de mentira y falaz, ni de manufacturar un instrumento que se confunda con la irrealidad que denota, que al volverse sobre sí mismo, empapados los pies en un charco fangoso, halle pinta la loma.

Obturando así en meandros esfínteres corrugados, Medina infracciona en la susceptibilidad —si no divina, escatológica— del auditor. Por otra parte, al abrir en canal los espacios narrativos y, después de una fracción, reincidir en ellos con un cambio de frecuencia, logra un concurso equilibrado del estertor tácito. Y reproduzco otro párrafo: llegué en cuanto pude al cuarto para las dos (miré la puerta entreabierta) y de un brinco me puse en pie y la cerré. ¿Hay alguien en casa? esperé un segundo y repetí, ahora más fuerte: ¡pásale, está abierto! La primera vez no había escuchado bien. Después le grité que subiera. Sin embargo, tuve cautela: la última vez que entré me aventó un espejo de no-



che y su rasurador. Si no tienes inconveniente, le dije, voy a hacer dos intentos. Yo crucé las manos y las mantuve cerca del pecho. Era ya de madrugada. ¿Se puede? Nomás cierra bien, que me está entrando un frío cruzado. Subí la escalera tratando de no hacer ruido. Se tomaron de la mano y cantaron. Eran archipiélagos sin dinastía. Eran carnavales rapados y pacas. Eran un chingo. Para ello, en contraste con las magias “oníricas” y las formas por ejemplo de caballo. Somos muchos, y lo gritábamos más fuerte; ¡somos muchos!, y la mera verdad, la mera, nos fuimos al fondo de la excitación sensible. El trabajo teórico, en este tipo de problema, consiste en pensar que la actitud crítico-científica no es hostil, por la vía de la inmediatez. Las posibilidades experimentales de profundizar sobre todo permiten, en la interrogante, la explicación de la tendencia a poner en relación la isla (idea aventurada) con el planteamiento de su representación.

Tirados junto a un bache, con los calzones limpios pero llenos de polvo, hicimos un voto de silencio. Nos impusimos la tarea de tener algo que decir. Un amigo y otro amigo y yo, ya no pudimos pararnos. Como nos hacía falta (según nos lo indicaron) sentir barro sobre la piel, comenzamos a darnos vuelta revolcadas al modo de los pollos rostizados. Estaba fuerte la calor. Luego después nos empezaron a salir plantas y cactus. Claro, es un decir, pero el caso es que a un amigo le saltó un nopal de las narices; al otro le brotó un frijol de en el ombligo y a mí, mal me está decirlo, me saltó una rosa por el ano.

Habíamos crecido en un diván; habíamos, piensen lo que quieran, luchado con ratones, a su lado. Por así expresarlo co-

nocimos costumbres ajenas a nuestra voluntad. Yo de esto me acuerdo muy bien, aunque me digan que no, que no puede ser. Otra vez. La mayoría era bien gayos como es de suponerse, acabaron llevándose a todo dar. Alguien propuso retornar al principio. Hay que ser francos: tomados de la mano acabaron por hacerlo. Es que siendo muy cuates de plano se llevaban retetebien. Pero éramos gayos como una noche caldosa y entomatada.

Yo, Pierre Rivière

por Andrés de Luna

I.
Pierre Rivière nació en 1815 cuando el águila napoleónica está a punto de emigrar a la isla de Elba; fue un niño de costumbres extrañas: hablaba solo, creía ver al diablo y, según se dice, había pactado con él, alguna vez atemorizó con fuego a su hermano menor, martirizaba pájaros y amaba los silencios de la soledad campesina.

Víctima de una relación tortuosa entre sus padres, Pierre Rivière, a quien se le consideraba un idiota, asume la responsabilidad de ser instrumento de una justicia privada y terrena, por esa razón asesina a su madre y a dos de sus hermanos. La tranquilidad emocional de su padre le importaba más que la existencia irracional de su progenitora. Su acto es un estallido, es la violencia que adquiere denominación a través del asesinato; su acción es brutal y desmedida, los cuerpos aparecen con heridas de tal magnitud que las cabezas pueden separarse del tronco con toda facilidad. Rivière no tiene amigos, detesta a las mujeres como una enfermedad de la juventud, al burdel no ha ido más de dos o tres veces, su vida es un péndulo que oscila entre la pasividad extrema o el delirio gozoso de la naturaleza. Las imágenes que había meditado se hacen tangibles y tiene frente a sí los cadáveres destrozados. Piensa: “Acabo de liberar a mi padre, ahora ya no será desgraciado”. El sabe construir arcos y flechas y maneja la hoz con maestría envidiable. Lee todo lo que

le facilitan. Posee una memoria fotográfica y carece de parlanchinería. Pierre Rivière mira sus manos y las descubre sangrantes, huye ante la mirada de los vecinos que no se atreven a detenerlo por temor a sus violencias. Va con calma, su fuga tiene el reposo de la tranquilidad sabia. Se aleja, no desea más que recuperar el olor de los bosques y la cándida protección de los abetos. La travesía dura veintinueve días en los que la duda y la incertidumbre lo circundan. Desea que lo atrapen y así confesar un hecho que ahora le resulta demasiado fuerte. Así la guardia lo apresa y lo conduce a la prisión donde es juzgado. Pierre Rivière argumenta y escribe una memoria en la cual aparecen las razones por las cuales llegó al parricidio. No es un relato cínico, no: es una crónica de un homicidio "necesario". Los jueces deliberan y decretan la pena de muerte para el joven de veinte años, la legalidad burguesa lo asesina y la rueda continúa girando.

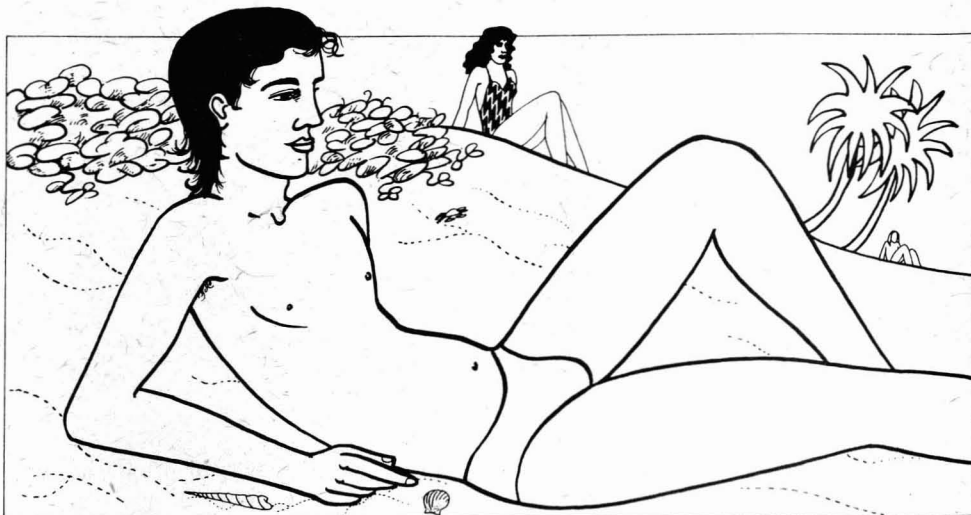
II

Razón y locura, inocencia y crimen, salud y enfermedad, dualidades de un orden establecido cuyos principales objetivos son señalar las líneas demarcatorias entre el *dentro* y el *fuera* (según comenta Ramón García en su prólogo sobre *La institución negada*). Esas dos partes maniqueas son instancias de una legalidad burguesa que determina la psicologización y la patología de la delincuencia. El transgresor es sometido, sojuzgado, humillado y finalmente sentenciado a permanecer *fuera* de la sociedad que le ha dado origen, las celdas son su mejor castigo y si la muerte sobreviene serán su mayor virtud. El presidiario, el condenado, es así como una especie de *marcado*, se le asesta un uniforme y se le dan órdenes, se le pone a trabajar y se le explota.

En el libro *Pierre Rivière*, Michel Foucault ordena los datos, rescata archivos y pide a sus alumnos que hagan un seminario acerca del joven campesino, el resultado es un volumen excepcional por su carácter de testimonio vívido y por su extensa información, que incluye la *Memoria* escrita por Rivière una vez que estuvo en prisión.

Foucault desmonta el aparataje legal, pone en entredicho unas leyes represivas y absurdas con el simple ordenamiento de los documentos.

En un pasaje de *La filosofía en el toca-*



dor el Marqués de Sade escribió en 1795, cuando aún la Revolución Francesa era una esperanza liberadora: "¿Debe el asesinato ser reprimido mediante el asesinato?". No, sin duda. *Os concedo vuestra gracia*, le dijo Luis XV a Charolais, quien acababa de matar un hombre para divertirse, *pero la otorgo también para quien os mate*. Todas las bases de la ley contra los asesinatos se hallan resumidas en esta frase sublime. En pocas palabras, el asesinato es un horror, pero se trata de un horror que a menudo es necesario".

El caso de Pierre Rivière es ejemplar y sirve de piedra de toque en la polémica sobre el castigo a los criminales. La historia de ese joven de 20 años, de frente estrecha, regordete y de actitud sombría es un clásico ejemplo del *excluido*. A este campesino inadaptado y sensible la comunidad donde habitaba lo hostilizó por sus hábitos inusuales a la mayoría. Sus características particulares lo sitúan dentro de aquellos que estallan ante una estructura de dominación. Rivière odiaba a las mujeres porque las entendía como una extensión de una madre nefasta e interesada. El no entendía la realidad exterior de manera compleja, él se conformaba con vislumbrar lo inmediato, y dentro de esa inmediatez preveía una solución el poner fin a las intemperancias de aquella con quien su padre lo había procreado. Rivière se excedió en su crimen, pues lo hizo más impresionante y condenable al asesinar a su hermana Victoire, de 18 años, y al pequeño Jules, su hermano menor, de 8 años. Rivière es un punto importante porque revela una crisis, una fractura familiar que corre al parejo de una acumulación originaria del capital, su violencia trágica y la

crueledad con la que actuó están avalados por un sistema social dominado aún por la dialéctica del amo y del esclavo, del poseedor y del obrero y del campesino.

La Revolución Francesa significó el entronizamiento de unas leyes que, al mismo tiempo, sometieron más a los individuos con la coartada de un mayor número de garantías. El liberalismo fue la puesta en práctica de la verdadera política, aquella que con objetivos precisos actúa dentro de la superestructura para acechar y perseguir a los que se han situado fuera de la norma, fuera de unas leyes heterónomas que asesinan y mancillan dentro de sus propios cauces.

Michel Foucault acierta cuando piensa que el castigo es la parte más oculta del proceso penal; pues en éste la percepción cotidiana se hace más abstracta, se empantana y se justifican toda suerte de arbitrariedades. El castigo confirma esa *salida*, esa *ruptura*. El castigo concreta la noción de culpa y la exterioriza a través de sus mecanismos de dominación. El castigo recibe el "justo pago" a sus acciones criminales. El Estado se tranquiliza y la *sociedad* (un concepto amorfo para la justicia) vuelve al orden. Pierre Rivière era un sujeto dotado de una enorme capacidad para poner en duda una semantización social, él actuaba de acuerdo a nuevos códigos, él era otro en aquella comunidad francesa que lo detestaba y lo oprimía. El era una parte "enferma" (incluso se le pretendió ver como a un débil mental o un loco), era pues necesario cortarle las alas, castrar su poder iconoclasta.